

La memoria y el olvido (pensar en los Estudios Generales)

Víctor Valembois

... si el pensar no es una silenciosa conversación del alma consigo misma... Platón, El sofista

A la Dra. Hayling, temporalmente piloto al frente del buque “Estudios Generales” en la UCR (pero no dejemos de remar-pensar entre todos).

1. Los “Estudios Generales” en permanente encrucijada

Por el momento histórico que vivimos (tan crucial como la Revolución francesa) y, en lo personal, entre otros por no haber estudiado en una universidad que tuviera estudios generales, fanático como todo converso, postulo la necesidad de ellos para una formación a la altura del Siglo XXI. Pensar es inherente a la condición humana, pero en el marco universitario que nos mueve (y parafraseando la advertencia sanitaria contra el tabaco), también puede producir dolor de cabeza y enfermar¹, por eso muchos dejamos de practicarlo. Así corremos el riesgo de caer en lo más funesto, exactamente la aberración contra la que, en letra de molde, advierte una placa en la Escuela de Estudios Generales de la Universidad de Costa Rica:

*La universidad es, en efecto, la garantía institucional de una tarea a la que el hombre no ha renunciado aun afortunadamente: la de no contentarse con subsistir, sino intentar dar un sentido a la existencia.*²

En la línea de Unamuno, además de practicar esa actividad del reflexionar, con mayor razón entonces a nivel superior, vale la pena recordar su mandato: “todos tenemos el deber de ser inteligentes”³.

1 Ver: “Yo me enfermé de eso: de pensar, de recordar”, en La Hoja de aire, de Joaquín Gutiérrez (Editorial Costa Rica, 4ª ed., 1981, p. 30).

2 Frase de Abelardo Bonilla (1898-1969), en una placa contra el muro del auditorio que lleva su nombre.

3 Por no ubicar la frase en la producción original del gran filósofo español, la reproduzco aquí de un artículo “La amistad del diccionario”, de Eliécer Venegas (en *La Nación*, matutino local, 7 de junio de 1979, p. 15 A). Este aporte constituye en el fondo una gran defensa de la unidad de “Comunicación y Lenguaje” y en realidad, como se probará aquí, de las tres materias “comunes” de Estudios Generales en su actual vivencia en la Universidad de Costa Rica.

En otras partes he escrito sobre los Estudios Generales⁴. Esta vez meditaré en el mismo sentido, desde la estructura académica en que me muevo, a partir del comentario que me sugiere la lectura de “Funes el memorioso”. Se trata de una de las encantadoras historias literarias de Jorge Luis Borges. Se encuentra entre las Ficciones del gran autor universal (y por lo *glocal*, también tan nuestro).⁵ Este relato esconde una especie de “teoría de los Estudios Generales”, con todo y defensa, no solo de esa primigenia tipología universitaria en sí, sino hasta del trípode de sus materias comunes (según el modelo que se practica en la Universidad de Costa Rica); contiene además una vibrante demostración de la función cognoscitiva, crítica y modificadora del arte, todo dentro de su primigenia realidad estética⁶.

2. Lectura “generalista” de “Funes el memorioso”

El relato aludido evoca el trágico caso de Irineo Funes. Si Michelet proclama “la hora del lector”, sobrecogedora puede ser la identificación entre nuestro alumno promedio y el personaje en cuestión. Pero, ¿qué relación existe entre ese muchacho uruguayo de alpargatas, casi sin educación formal, del siglo XVIII además, y nuestros bachilleres ticos con *jeans*? En realidad, salvando distancias la hay de todo tipo⁷. Aquí señalaré cuatro nexos. En primer lugar, comparten el hecho de tener diecinueve años, “juventud, divino tesoro” como la identificaba el gran Rubén. Luego, por desgracia están sujetos a un paralelo riesgo de accidente de circulación, con la posibilidad, nada imaginario, de quedar lisiados para siempre, como el personaje de marras. En el caso sureño y pasado, el causante fatal fue un potro bravo; aquí y ahora puede ser cualquier vehículo automotor de los que están atascando las calles y carreteras locales: (¡es que, perdonen, anda cada... caballo de conductor!). En seguida, el personaje era como todos nosotros, estudiantes y profesores, “desmemoriado” (p. 130), porque todos “vivimos postergando todo lo postergable” (p. 132). Hasta entonces “había sido lo que son todos los cristianos”, y aquí aplico lo de él: “miramos sin ver, oímos sin oír, nos olvidamos de todo, de casi todo” (p. 130) y dormimos para “distraernos del mundo” (p. 135). Por lo demás y finalmente, allá por el sur, parece que usaban o usan apodos de la mejor clase alajuelense, como aquel “cronométrico Funes” (p. 126), eso sí para un temperamento de exactitud temporal que no suele ser de rigor por acá, en un medio, caracterizado por la cultura del “más o menos” al respecto.

Pero qué maravilla, dirá más de uno, a primera vista: resulta que Irineo “había aprendido sin esfuerzo el inglés, el francés, el portugués, el latín” (p. 135), por lo visto “gracias” a ese

4 Ver: “¿Hacia una nueva Edad Media? Los ‘estudios generales’ a la hora global”, remitido a Girasol, Escuela de Estudios Generales, Universidad de Costa Rica, año 2000.

5 Todas las citas de ese relato provienen de la edición en “Biblioteca Borges” de Alianza Editorial, quinta reimpression, año 2000. Otra edición, con interesante prólogo de Marcos Ricardo Barnatán, se encuentra en las Narraciones, de Borges, publicadas por Ediciones Cátedra, Madrid, 1999.

6 Me inspiro en la “Función plural de la literatura al servicio del hombre”, vibrante artículo de Flavia Paz Velásquez, en Eidos, Madrid, Año XII, enero-julio, n° 24. Retomado en varias antologías de la Cátedra de Comunicación y Lenguaje de la Escuela de Estudios Generales en la Universidad de Costa Rica.

7 Fuera del contexto central de este estudio, se rastrean otros sorprendentes parecidos: por ejemplo, se trata de un hijo de madre soltera, sin padre que haya tenido la valentía de reconocerlo, igual que la mitad de los vástagos de cierto país tropical...; también, para ambas partes que “todo se propala en un pueblo chico” (p. 127).

choque que le hacía recordar todo con asombrosa facilidad. ¿La invalidez tendría alguna validez? Pero, ¿de verdad habría sido “benéfico el golpe que lo había fulminado” (p. 126) como lo pretendía el mismo accidentado? Si ese sofisma fuera cierto, más de uno se tiraría bajo un carro, de cierta forma, a ver si acaso sirve el método.... En lo idiomático, sería un sustituto de cuanto curso costoso se ofrece, actualmente, por casete y otros procedimientos muchas veces dudosos. No olvidar pareciera una utopía a alcanzar, un sueño de opio. La contrapartida es que a veces a uno le cuesta aprender algo, cosa deseable, pero no estamos dispuestos a facilitar ese objetivo al precio de la terrible desgracia de Funes. Ahora bien, Jorge Luis Borges escribe ese cuento inmortal en 1942, como pronosticando a nuestros alumnos (y sus profesores) “informados”, en el siglo XXI, a golpe de imágenes. Contaminados ahora por un ambiguo respeto por la tecnología, hemos progresado, pareciera, en cuanto a formas de almacenamiento de datos fuera de nosotros; pero el anhelo queda fundamentalmente inalterado: aparte de ese CD o aquel disco duro, ¿cómo hago para que me “entre a la cabeza” tal dato (ese teléfono importante, una clave vital para el cajero automático, para la computadora, etc.)?

El autor diagnostica que el mismo personaje observado (el de antes y, por deducción, también el de ahora), con “un presente casi intolerable de tan rico y tan nítido” (p. 130) “no era muy capaz de pensar” (p. 135). Precisamente en la línea del mensaje profundo del autor, ciego tan vidente, deducimos todo lo contrario a la expectativa ingenua señalada: lo interesante de nuestra condición humana resulta ser que por dicha no somos tan memoriosos como su personaje, el cual “era casi incapaz de ideas generales” (p. 134). Desde luego a partir de allí no cuesta llegar a una pavorosa constatación: ese aludido mundo de imágenes, en vez de hacernos avanzar, en más de un aspecto nos ha hecho retroceder al “abarroto mundo de Funes (donde) no había sino detalles casi inmediatos” (p. 135). El relato enseña adicionalmente que una lengua constituye por de pronto algo más que un rosario de palabras y hasta nos aconseja sobre lo selectivo que conviene ser respecto de recursos mnemotécnicos: si Irineo por lo visto tenía cierta ventaja sobre los otros mortales, con aquello de lo “cronométrico”, después del choque se vuelve sencillamente un desastre.

A poco más de medio siglo de ser escrito, el cuento nos cuenta (perdone la redundancia: esa es su función) que en algunos aspectos ese avance fue.... “puro cuento”, ¿o alguien afirmará que ahora sabemos “generalizar, abstraer” (p. 135) mejor que antes? En el umbral del siglo XXI, cambiaron los recursos, pero la deficiencia trágica sigue igual. Tenemos la obligación de seleccionar y de establecer jerarquías. El autor no tuvo la oportunidad de los “Estudios Generales”: ojalá seamos capaces de olvidar un montón de cosas sueltas para trazar líneas, entender más allá de la apariencia, practicar la síntesis antes que lo analítico. La abstracción vale más que lo concreto porque va más allá del amarillismo daltónico del periodismo “Extra”-corriente que se pone cada vez más “Al día”. Lo importante es captar la asociación “general” (o genérica) como equivalente de esencial en todo nuestro entorno.

3. Borges y la defensa de tres materias “comunes” en “Estudios Generales” (EG)

Por su educación personalizada, con permanente valoración de lo artístico, además de confrontación entre lo local suramericano y lo europeo ginebrino, el autor suplió

ampliamente la formación que propugnamos en la Universidad de Costa Rica. Partiendo de la trilogía de materias “comunes” en que esa etapa se vive, no es difícil toparse en el mismo texto no solo enlaces con cada uno de los cursos que la componen, sino además encontrar justificación para la importancia de cada uno en la valoración más en profundidad del producto artístico que nos ocupa.

3.1 Desde el “caso Funes” (y para el), la conveniencia de “Historia de la cultura” en EG

No está demás reforzar la buena valoración estética-comunicativa de “Funes el memorioso” con una ubicación en el mapa de ciertas coordenadas en el tiempo. Pieza interesante, aunque sea como simple peón de ajedrez, es la alusión que allí se hace a Plinio el Viejo (p. 128 a 130). Nuestro pobre inválido de ayer y de hoy podría repetir, sin titubeo las alusiones a este clásico, con su gigantesca enciclopedia *avant la lettre*, pero sería incapaz de calibrarlas. Nosotros, al “ubicar” a ese autor sobre el tablero de ejes verticales y horizontales (es decir, en aplicación de la metáfora: las coordenadas de tiempo y espacio), sin duda algo ganamos en profundidad de lectura. Da la casualidad, además que el romano aludido escribió todo un tratado sobre el tema central del relato: la memoria. Pero las palabras⁸ de la *Naturalis historia* evocada señalan justamente el peligro del olvido.

En esa misma línea de ubicación histórico-cultural, la narración se encuentra también salpicada de pistas acerca de dos países del Cono sur y el amor-odio secular que prevalece entre ellos. El narrador identifica su “deplorable condición de argentino”, “cajetilla, porteño” además (p. 124), mientras a su personaje lo presenta por medio de rasgos del otro lado de la bahía: “las armas de la Banda Oriental” y la tendencia uruguaya al “ditirambo” (ibidem). Ambos pueblos tienen rasgos en común (el mate, lo orillero,...) pero cuidado nosotros, lectores, los confundamos con demasía. Memoria y olvido suponen ciertamente distancia y acercamiento, texto y contexto. ¡Eso sí! mucho cuidado con la síntesis “generalizante” (valga el neologismo para “simplificadora”): en vez de un útil injerto de dos partes, desemboca en estéril estereotipo! De caer en esa trampa, estaríamos definitivamente “tullidos” de la mente. Borges a cada rato subraya aquí su esfuerzo de objetividad. A eso contribuye un juego de espejos, como en “las Meninas”, memorable cuadro español. En efecto, en ese lienzo el pincel de Velásquez ofrece, en lo visual, una doble y triple perspectiva; lo mismo produce aquí el verbo del autor: nosotros, en el 2001, asistimos a una “reconstrucción” historiográfica publicada en 1942, con constante duda metodológica⁹, respecto de hechos supuestamente ocurridos a fines del siglo XIX. De allí el manejo cuidadoso de la información y de la propia percepción en este caso, con una estructura de hechos, por un lado, de los que vale la pena dejar constancia y, de otro lado, los que solo merecen el olvido: son los dos ejes sobre los que trabaja el profesional. Igual, la historia con su montaje artístico es “palabra en el tiempo”.

De allí surge una segunda inquietud, respecto del puente entre “historia de la cultura” y la narración estudiada: es la dicotomía entre lo verídico y lo verosímil. Para el historiador constituye una verdad sacrosanta: nadie puede confundir la realidad con la ficción (y, de forma paralela, la realidad con lo verosímil, en la literatura). Como Uruguay y Argentina, esas perspectivas se ven de frente y hasta enfrentadas. Tampoco nadie duda: entre los

8 Borges cita textualmente el final de un capítulo: “ut nihil non iisdem verbis redderetur auditum” (para que con esos términos no se perdiera nada de lo oído).

9 Véase expresiones tipo “recuerdo (creo)”, en por lo menos tres oportunidades, pp. 123, 125 y 129.

discursos aludidos corre una frontera; igual ocupa un buen par de horas cruzar el Río de la Plata entre sendas entidades estatales. Es útil entonces la ubicación de ese contexto específico, en el presente caso. Por cierto, en historiografía la problemática del límite entre dos tipos de relatos se vuelve un tópico cada vez más apasionado. En realidad, a como la ficción se fortalece con el conocimiento de algunas coordenadas de las llamadas ciencias sociales (caso deseable aquí), lo mismo pasa también al revés.

Se encuentran a la mano ejemplos muy cerca, en tiempo y espacio: ¿no es cierto que las novelas históricas de Ricardo Pasos, en Nicaragua, como las de Tatiana Lobo, en Costa Rica, finalmente redundan en un mejor conocimiento del pasado?

En tercer lugar, mediante la combinación de sendos enfoques, se trata de algún modo de aplicar aquella definición de cultura como “lo que queda cuando se ha olvidado todo”. Permanece entonces una mirada, una manera de ver, desde luego sin perder de vista lo “general” o sustancial. Quizá en el estudio complementario de la realidad latinoamericana, por ejemplo aquí a partir del “caso Funes”, vale la pena tomar como norma de la memoria selectiva, en la línea de lo que propone Borges (en su caso respecto de la visión de Europa): “he olvidado miles de páginas, miles de insustituibles caras humanas, pero suelo pensar que, esencialmente, nunca he salido de esa biblioteca y de ese jardín”¹⁰. Para la buena comprensión de lo histórico y el disfrute más integral de lo estético, ¿no conviene entonces también muchas veces tirar mucho lastre por la borda? Nos quedamos entonces con lo general, la visión sintética. En cambio, Irineo y nuestro atosigado alumno, a fuerza de tragar catálogos de hechos y fechas, con o sin figuras de estilo, no dan con lo fundamental, más difícil de agarrar: mucho grano desperdigado y poca mazorca en la mano.

Por último, directamente la lectura de ese relato se ve reforzada además con un sentido de la historia ya no como comprensión del pasado, sino como devenir y proceso en marcha: también aquí, “el pasado es solo el prólogo”¹¹. Prevalece demasiado todavía la reconstrucción arqueológica de lo de antes por sí mismo. Al contrario, la evocación del cono sur de fines del siglo XVIII, visto por los ojos de un narrador de 1942, en este caso debe servir para el sentido metafórico, proyectado hacia adelante. Estamos, felizmente, por fin saliendo de unas historias simplemente nacionalistas, instrumentos ideológicos de los estados decimonónicos en construcción. Se trata ahora de diseñar una historia continental que, pese a que tampoco se verá libre de desviaciones ideológicas, sirva por lo menos de andamio para la sociedad latinoamericana en el concierto mundial. Una buena lectura de “Funes el memorioso” puede enriquecer la enseñanza de la historia de la cultura más allá del sentimiento excesivamente local, en beneficio de un imaginario donde “Historia de la Cultura” y “Comunicación y Lenguaje” actuarían como vasos comunicantes.

3.2 Desde el “caso Funes” (y para el), la utilidad de “Filosofía y Pensamiento” en EG

Ojalá la filosofía requerida en los Estudios Generales no se limite al recuento memorístico, acumulativo, simplemente cuantitativo que caracteriza a Irineo, lo mismo que la práctica de muchos. Para eso, consúltese mejor un CD actual, entre otros la enciclopedia “Encarta”. El texto lleva por ejemplo una pertinente alusión a las “ideas generales, platónicas” (p.

10 Frase de “La biblioteca de Babel”, en el mismo volumen.

11 Así reza el frontispicio del edificio de archivos en Washington.

134), de manera que para la valoración de la dolencia del pobre uruguayo (y su contagio epidémico en el trópico) resulta conveniente tener en mente otra historia clásica sobre el pensar y la memoria: el “mito de la caverna”. Para visualizar su tesis, Platón recurrió a la escenificación teatral; con un mismo afán pedagógico, Borges arma un tinglado narrativo. Para el hombre de la “academia”, el mundo de las “ideas” refería a un conjunto de “imágenes” (por de pronto, son sinónimos esos vocablos, en griego clásico) en un “cielo” mental colectivo e incorporado a la especie humana. Pobre el accidentado del relato: solo ve “varón” y “mujer” y no puede siquiera extraer de allí un denominador común como “ser humano”. Observa muy bien y es exigente consigo mismo, pero solo en lo particular; no desarrolla términos universales. De hecho, el diagnóstico respecto de él resulta peor que el de los encadenados en la caverna: algunos de ellos pudieron comprobar su ilusión; Funes se queda para siempre en las tinieblas¹².

De allí lo importante que nosotros por lo menos captemos la metáfora de hace siglos. Seamos capaces de transferirla (como lo sugiere el término, por etimología) a nuestro entorno. ¿Nos comportamos como la mayoría en esa fatal caverna? ¿Podremos darnos cuenta que nuestra mente puede ser peor que esa prisión, a pesar de todo el arsenal de recursos de comunicación de masas? Igual, o peor (por el desperdicio de recursos tecnológicos) que los prisioneros del relato griego, nuestro lector de periódico, no suele tener la facultad de ver más allá de tanto renglón y visualización amarillista, por ejemplo, precisamente de choques automovilísticos. (Caso contrario, se pondría el cinturón sin acudir a la Sala IV porque ponerlo “en cintura” sería atentar contra su sagrada libertad). Lo mismo, ¿el televidente, ¿será capaz de ver lejos (como lo proclama la etimología de la palabra), es decir, más allá de sus narices y sus ojos repletos de “detalles, casi inmediatos” (p. 135), gracias, entre otros a “los vivos colores del seis”? Aprendamos a no confundir ver con mirar y a “ver” por dentro. La pantalla chica produce un espejismo triple, aquel de ser = parecer = aparecer: lo vi en la tele, luego es verdad; ese señor aparece en tal canal, ergo debe ser importante.

En seguida, el relato borgiano no solo se presta a una ardua discusión sobre la dualidad lengua-pensamiento; dentro del mismo, maneja además todo un arsenal de reflexiones epistemológicas sobre el pensar y su expresión verbal. Mediante la evocación de una velada con Irineo, con sus kilométricas reconstrucciones, el narrador señala que “prefiere resumir” (p. 129): está facultado para ello y adiestrado para hacerlo, ¿lo somos nosotros? Es una destreza en la cual conviene ejercitarse también en los Estudios Generales. Luego desemboca en una amarga deducción (otra cosa que no sabe el muchacho): “sospecho sin embargo que no era muy capaz de pensar. Pensar es olvidar diferencias” (p. 135). La demostración, al respecto la maneja el autor no desde un punto de vista etimológico. En este caso habría podido evocar que el verbo en cuestión, del bajo latín, remonta al latín clásico *pendere* = pesar, sopesar, tomarle el peso a las diferentes ideas en jerarquías y categorías. Prefiere más bien una larga explicación sobre lo inoperante del idioma análogo, para que, igual que Borges, aplaudamos en el presente caso lo valioso del español como lengua codificada de síntesis y polisemia. El pensamiento no basta para filosofar, pero es condición previa.

12 En un interesante librito “Tres temas de filosofía” (Editorial UNED, San José, Costa Rica, 1985), Roberto Murillo, entonces Profesor de Filosofía, hacía por de pronto una pequeña alusión a este cuento, p. 85, ubicándolo en relación con las tesis de filósofos como Berkeley y Locke.

De allí que una buena explotación en función de “Filosofía y pensamiento” a partir del “caso Funes”, automáticamente desemboca en una instancia superior con reflexiones de mutuo enriquecimiento entre el relato y el enfoque de esa cátedra. Es el caso de la relación lengua - visión de mundo, primero: con mucho de historia verdadera, el cuento lleva a la idea de que vemos de manera distinta, de generación en generación (eje temporal), como también de país en país (eje espacial), no observamos solo con los ojos (un mero instrumento físico), sino culturalmente y por medio de la lengua. Pero entonces, ¿cómo dialogar con propiedad y profundidad con una entelequia que, en abierto anacronismo, desde nuestra época imaginamos como “ese señor Platón”? Igual, en realidad, ¿es posible y vale la pena revisar a Plinio en “el pobre arrabal sudamericano” (p. 134) o en el subdesarrollo josefino? Sobre ese fundamento se superpone entonces otro binomio, el de lengua e ideología. Si se supone que no vemos sino a través de categorías mentales expresadas en términos idiomáticos, estos a su vez evolutivos, ¿cómo hacer para organizar más conscientemente y en forma más humanística lo poco que podemos almacenar? Todas esas ideas subyacen a la construcción artística de Borges. Quedamos invitados a elaborar un mundo más viable, menos trágico que el que nos presentó.

3.3 Desde el “caso Funes” (y para el), lo imprescindible de “Comunicación y Lenguaje”

Last but not least viene el aporte que puede dar (si el profesor quiere, condición no demostrada) el propio curso de Comunicación y Lenguaje al relato. En realidad, ya varios aspectos se han contemplado y han de verse desde un ángulo complementario entre las tres materias. Estas, a veces de “comunes” solo tienen un público receptor el cual, con mayor razón y como Funes, tragará los conocimientos dispensados en forma analítica, incapaz de relacionar los enfoques. Habrá entonces unas casillas de correo en vez de una trilogía, cosa tristemente frecuente. El estudio desde enfoques tan contrastivos como integradores, por fuerza da razón a David Berlo, para quien “aprendizaje y comunicación son un solo proceso”¹³. Aquí, desde la perspectiva de la obra de arte literario, añadiríamos que también por etimología comunicación = comunión. En cierto sentido, esas ideas refuerzan un tipo de primacía de la “Comunicación y lenguaje” sobre las otras dos materias (y todas en general). En efecto, en la medida en que todo profesional es un comunicador¹⁴, también y al mismo tiempo que los colegas serán sobresalientes, expertos en su especialidad, deben

13 David Berlo, en El proceso de la comunicación, Ed. Ateneo, Biblioteca Nuevas Orientaciones de la Educación, Buenos Aires, 3ª ed., 1973, p. VI. Ralph Linton señaló también una idea paralela: “El lenguaje es de las primeras cosas que se aprenden y, una vez adquirido, se convierte en la llave que nos permite el acceso al resto de la cultura”. (en Estudio del Hombre, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1965, p. 21)

14 Evoco al respecto la lección del maestro Isaac Felipe Azofeifa: “el aprendizaje en cualquiera de los campos del saber humano es primero y siempre el aprendizaje de una lengua especial y dominio del conocimiento implica el riguroso empleo de la lengua. (...) Que el profesor de física que expone su tema cuidando el rigor, la precisión, la claridad de las nociones, necesariamente es profesor de la lengua, porque, simultáneamente, está disciplinando al alumno en el rigor del pensamiento científico, que debe ser siempre correlativo de la expresión precisa, no solo en cuanto al término, sino también en cuanto a la misma estructura de la frase, a la construcción gramatical correspondiente.” (“Acerca de lo mal que se habla y se escribe”, en *Semanario Universidad*, 25 de febrero de 1974).

ser excelentes en el manejo de la lengua que les genera y les permite su rama específica y su divulgación.

En seguida, una de las múltiples perspectivas que despierta en el receptor la lectura de ese caso memorioso, es el sentido y el propósito mismos de la comunicación. “Tu, que me lees, ¿estás seguro de entender mi lenguaje?”, es la cuestión que se formula en La biblioteca de Babel¹⁵, otro relato de Borges. Se aplica desde luego no solo al diálogo educador-educando, evocado en el párrafo anterior, sino además tanto en sincronía como en diacronía. Al respecto, también en el relato se revela lo evolutivo de la lengua con sus matices regionales, como sistema. Si en Costa Rica una versión paralela de la presente obra se referiría a un “chúcaro” (localismo) que puede dejar “lisiado” (discapacitado, minusválido o cualquiera de esos eufemismos tan frecuentes ahora) el narrador del Cono sur se expresa refiriéndose a un “redomón” que dejó “tullido” (p. 126) a Funes. De paso, en todo el relato se ve cómo felizmente el español, la lengua vernácula de cuatrocientos millones de hispanohablantes, no debe tener complejo de inferioridad respecto del inglés tan rico en léxico).

Lo anterior desemboca en la imperiosa necesidad de que tanto profesores como alumnos, en “comunicación y Lenguaje”, pero en realidad igual en las otras materias, aumenten la riqueza idiomática de ambos, para no seguir cayendo en el igualitarismo lexicográfico que prevalece. Es el problema de conciencia de molde y cómo salir de él, evocado, curiosamente por un profesor de Filosofía y Pensamiento en estudios Generales: Claudio Gutiérrez¹⁶. Como ayuda, los colegas de la unidad de Comunicación tienen sobre los otros la ventaja de ver aquello también desde el ángulo artístico, porque por de pronto muchas veces trabajan con material literario: Carpentier asigna a los escritores el oficio de *shaman*, de hombres-memoria. Los narradores son la versión moderna de *Mnemosine*, la diosa de la memoria; nosotros solo somos pobres asistentes para ayudar a descifrar el enigma.

Por último, resulta perfectamente posible, además, efectuar una lectura semiológica del conjunto, tarea metodológica recomendada en “Comunicación y lenguaje”. Los elementos constructivos del “sistema original de numeración”, “discurrido” (p. 132) por Funes, en realidad constituyen una especie de “lengua”, pero no se sabe si más engorrosa que inoperante. En efecto, “cada palabra tenía un signo particular” (p.133), lo cual provocaba una complicación enorme por requerir, justamente, la colosal memoria que caracterizaba a su inventor. Ahora bien, al contrario, la mayoría de las lenguas se construyeron sobre un conjunto sorprendentemente reducido de fonemas, los cuales en combinaciones casi infinitas, dan una herramienta increíble, sencilla de memorizar, de ágil evocación en lo escrito, tanto manual como con otra tecnología. Pero por último, tragedia grande e inferioridad absoluta de Irineo, “le costaba comprender (...) el símbolo genérico *perro*” (p. 134). En otras palabras, Funes (el de ayer como el de hoy) no posee ni la condición

15 En la misma edición de Ficciones que aquí se ocupa, p. 98.

16 "La primera misión de la educación es liberar la mente del hombre y eso se logra solamente si puede poner en cuestión los marcos mismos, y no simplemente las afirmaciones dentro de los marcos. Pero para ello hay que llegar a percibir esos marcos como tales, como marcos, saliendo de la ilusión de que la lengua es idéntica a la realidad y no un producto cultural producido por la actividad humana. El lenguaje es un encierro, pero un encierro muy particular, pues la llave puede introducirse en la cerradura sólo desde dentro" (Claudio Gutiérrez, en “Educación y lenguaje”).

humana de productor de signos ni la de creador de símbolos. Es un sinsentido el lenguaje analítico del pobre; le falta toda la riqueza de lo sintético, lo abstracto, lo integrador en construcción cada vez superior. Y de metáfora, ni hablar, Funes no sabe aplicar eso, ni entiende, en rigor, lo simbólico: son formas de “lectura” más allá de lo memorístico maquinal.

4. Conclusión

El relato aludido constituye un peculiar código idiomático (aprovechable en “comunicación”), revela también tener “pasta” filosófica (para el enfoque de ese nombre) y construye una especie de historiografía crítica (objeto de la tercera rama). Por la trascendencia más allá de un tiempo y un espacio determinados, se presta además a una lectura tremendamente actual, completamente pertinente, por lo que constituye además un cuento digno de estudio en otra materia, la de “Apreciación de arte”. Esos cuatro enfoques, enseñados posiblemente por cuatro especialistas por separado, deben calar juntos en una misma mente. No por casualidad, en el edificio de “Estudios Generales”, donde se enseñan y se aprenden esos cursos, figura en letra grande otro mandato:

*(Buscar) siempre en la universidad un sentido de unidad que la explique y la limite dentro de su origen institucional, porque ser humanista es encontrar lo unitario dentro de la diversidad, a partir de una profunda reflexión integradora*¹⁷.

Por esa capacidad recién mencionada, el arte, el grande, constituye una forma inteligente de pensar y de crear memoria. La ficción artificial (hecha con arte) da como resultado una comprensión superior no precisamente en el orden de lo platónico, sino todo lo contrario, en la palpable realidad: ya uno observa ésta con otros ojos.

Del caso clínico descrito por Borges, aprendamos a “ver” para no llegar a la cruel confesión de Funes: “mi memoria, señor, es como vaciadero de basuras” (p. 131). Es lo que conlleva tanto programa de los “medios” y hasta mucho libro. De allí la conveniencia, la necesidad de “estudios generales”, con mayor razón a la hora global. ¿Qué sacamos con mirar árboles si no tenemos concepto de “bosque”? Eso, mi querido Funes, sería funesto.

17 Frase de Enrique Macaya (1905-1982), padre del actual Rector de esa casa de estudios. La expresión original señala: “he buscado...” y se encuentra en la planta baja, en una placa contra la Cooperativa de libros.

BIBLIOGRAFÍA

AZOFEIFA, Isaac Felipe: “Acerca de lo mal que se habla y se escribe”, en *Semanario Universidad*, San José, Costa Rica, 25 de febrero de 1974.

BERLO, David: El proceso de la comunicación, ed. Ateneo, Biblioteca Nuevas Orientaciones de la Educación, Buenos Aires, 3ª ed. 1973, p. VI.

BORGES, Jorge Luis: Ficciones, ed. “Biblioteca Borges” de Alianza Editorial, quinta reimpresión, año 2000.

GUTIÉRREZ, Claudio: “Educación y Lenguaje”, en *Revista Káñina*, Universidad de Costa Rica, vol. 4, n° 1, 1981. Retomado entre otros en la antología “Cultura y signos”, de la Cátedra de Comunicación y Lenguaje de la Escuela de Estudios Generales en la Universidad de Costa Rica, 1994, pp. 49-58.

KARPINSKI, Rose Marie: Estudios Generales y educación general. Concepción teórica y praxis académica en la Universidad de Costa Rica, publicación de la Escuela de Estudios Generales de la misma UCR, 1982, 215 pp.

PAZ Velásquez, Flavia: “Función plural de la literatura al servicio del hombre”, vibrante artículo de, en *Eidos*, Madrid, Año XII, enero-julio, n° 24. Retomado en varias antologías recientes de la Cátedra de Comunicación y Lenguaje, en la Escuela de Estudios Generales, Universidad de Costa Rica.

VALEMBOIS, Víctor: “Funes, el generalista”, en *La Nación*, San José, Costa Rica, 15 de marzo del 2001, p. 15 A.

(VARIOS): El humanismo contemporáneo en los Estudios Generales, número monográfico de *Revista Estudios*, Universidad de Costa Rica, n° 8, 1989, 80 pp.

(VARIOS): Estudios Generales: Reflexiones de los decanos, publicación con motivo del “trigésimo aniversario de la creación de los Estudios Generales”, Universidad de Costa Rica, setiembre de 1987, 121 pp.